

FRANCISCO JOAQUÍN PÉREZ GONZÁLEZ

**BARCARROTA,
UN LUGAR
DE LEYENDAS**

Colección "ALTOZANO"
Universidad Popular Barcarrota

Número 3



FRANCISCO JOAQUÍN PÉREZ GONZÁLEZ

**BARCARROTA,
UN LUGAR
DE LEYENDAS**

Colección "ALTOZANO"
Universidad Popular Barcarrota

Número 3

BARCARROTA, UN LUGAR DE LEYENDAS
® Francisco Joaquín Pérez González

I.S.B.N.: 84 - 923854-0-5
Dep. Legal: BA-36-98

Colección
"ALTOZANO"

Edita:
Universidad Popular
de Barcarrota
Plaza del Altozano, 5
06160 BARCARROTA
(Badajoz)

Imprime:
Gráficas Sol (Barcarrota)

Director de la Colección:
Francisco Joaquín Pérez González

Consejo Editor:
Santiago M. Cuadrado Rodríguez
Pedro G. García Trejo
Hilario Álvarez Fernández
Antonio E. Torrado Visado
Luis Pérez Trejo
Jose I. Rodríguez Hermosell

PRESENTACIÓN

"Cuando un anciano muere, es como si desapareciese una biblioteca" (Leído en la Revista "Mundo Negro").

Quienes ya peinamos ciertas canas, tenemos un vago recuerdo de las **"historias"** que nuestros abuelos nos contaban en las noches de invierno, sentados alrededor de la lumbre.

También, en las noches de verano, los vecinos reunidos en la calle comentaban antiguas leyendas de **"hombres del saco que se llevaban a los niños"** o de los **"sacamantecas"**..., que a los niños nos asustaban y nos hacía tener miedo ante la oscuridad o la soledad, por lo que pudiera ocurrir.

Aún conservo un vago recuerdo del **"Romance de ciegos"**, que un invidente realizaba en las esquinas y a su alrededor los mayores y pequeños contemplábamos las distintas imágenes, que él con su canto semitonado y rimado nos explicaba. Me parece que hacía referencia a un crimen pasional. Todo esto es lo que me recuerdan estas leyendas, que encontramos ahora en el nº. 3 de la colección Altozano de la Universidad Popular.

Su autor lógicamente tiene que ser Paco, que lleva tanto tiempo y tanta ilusión recogiendo todo lo concerniente a Barcarrota y a su historia. Es una iniciativa interesante el recopilar brevemente las leyendas más típicas y tradicionales, que ya desde ahora se conservarán y podrán acercarse a ellas los niños de nuestro pueblo, que aunque no puedan oír las directamente de abuelos, vecinos u otras personas, sí podrán soñarlas e imaginarlas tras la lectura de este breve ejemplar.

Gracias, Paco, en nombre de todos los que aún nos gusta soñar y de todos los niños, a los que ayudarás a soñar con esta Barcarrota, un lugar de leyendas.

Pedro Maya Romero. Sacerdote

THE HISTORY OF THE

REIGN OF
HAROLD GODWINSON
AND
WILLIAM THE FIRST

BY
JOHN RUSKIN
IN TWO VOLUMES.
LONDON:
PRINTED BY ALBANY STREET, IN THE CITY OF LONDON.
1851.

VOL. I.
THE REIGN OF HAROLD GODWINSON.
FROM THE DEATH OF EDWARD THE CONFESSOR
TO THE BATTLE OF BOSTON.

THE REIGN OF HAROLD GODWINSON.
FROM THE DEATH OF EDWARD THE CONFESSOR
TO THE BATTLE OF BOSTON.

THE REIGN OF HAROLD GODWINSON.
FROM THE DEATH OF EDWARD THE CONFESSOR
TO THE BATTLE OF BOSTON.

THE REIGN OF HAROLD GODWINSON.
FROM THE DEATH OF EDWARD THE CONFESSOR
TO THE BATTLE OF BOSTON.

Estas páginas están dedicadas a las
Madres de los que hicimos
la Revista **DOS ROMBOS.**
iNunca es tarde!



LOS MAROCHOS

Hace muchos años, tantos que ni en la memoria de los más viejos del lugar queda constancia, se celebraba en Barcarrota, por San Juan, una fiesta en la que todo el pueblo participaba, siendo los niños y ancianos los que más énfasis ponían. Nos estamos refiriendo a *Los Marochos*.

Los Marochos eran unos muñecos fabricados con trapo y paja, vestidos grotescamente, que representaban a un hombre y a una mujer, teniendo éstos por nombre los de Juan y María.

En la víspera de San Juan, por la noche, eran sentados uno junto al otro en una plaza del pueblo. Era el momento en el que los ancianos reunían en corros, alrededor de ellos a toda la mocedad y la chiquillería. Les contaban historias sorprendentes y misteriosas, siendo, a veces, los Marochos, protagonistas de las mismas. Es fácil, aun hoy, imaginar las miradas de nuestros abuelos perdidas en la noche al calor de las hogueras, que, alrededor suyo, prendían.

Al llegar a las doce de la noche, los mozos sacaban en procesión a los muñecos por las calles del pueblo, perseguidos por el gentío que cantaba, danzaba y se expresaba festivamente en todo lo que la época permitía. Las candelas, que inundaban las calles, animaban e iluminaban el cortejo.

Una vez recorrida toda la población, los Marochos

eran arrojados al fuego. Su destrucción suponía el final de la fiesta. El aire del amanecer sofocaría las últimas candelas...

EL
HALLAZGO
DE UNA
ALBARCA

La curiosa etimología del antiguo apellido de nuestra localidad (recuérdese el Villanueva de...) imaginamos que habrá tomado diversos caminos hasta constituirse en el actual, conocido y solitario nombre de Barcarrota.

Dada la especial característica de esta publicación, intentaremos ceñirnos al más popular, peculiar y devoto origen de la palabra.

Cuentan, "de siempre", que el emplazamiento de la parroquia de Nuestra Señora del Soterraño se debe a la aparición que, bastantes siglos atrás, hizo la Virgen a un sencillo pastor que se encontraba arreglando su maltrecha albarca. Una madrugada podía ser buen momento para que la Virgen le confiara la propagación a todo el pueblo de su aparición y que, en ese mismo lugar, solicitara, se le construyera un santuario.

Así se hizo. Se elevaron los muros y la impresionante torre comenzó a dar sombra sobre el divinamente solicitado santuario, y, desde entonces, en el mismo lugar que siglos atrás se produjera este (como todos) inusual milagro, se encuentra situada la parroquia de Ntra. Sra. del Soterraño, cuyo interior aún cobija el manantial que acompañaba al pastor, y, hasta hace poco, una zarza de las que naturalmente decoraban el paisaje donde ocurrió dicho prodigio.

El pueblo ha acogido esta explicación del origen del nombre de Barcarrota con la devoción que requiere cualquier acción llevada a cabo por la madre de Cristo, y así

anualmente, son cientos de personas las que visitan y humedecen sus manos en el agua que, aquella mencionada mañana, hizo que la niebla rodeara tan piadosa escena.

LAS LÁGRIMAS
DE LA
VIRGEN DE LA
SOLEDAD

En los relativo a apariciones, milagros, prodigios marianos y fenómenos religiosos, no hay localidad que culturalmente se precie que no cuente con algunos de ellos en su recatada o valiosa historia. Barcarrota no debía ser menos.

Cuentan las crónicas, recogidas en cierta ocasión por D. Luis Cacho, que, en el año mil setecientos veintiuno, añadiéndole, para mayor precisión, incluso día y hora, miércoles catorce de mayo, a las tres de la tarde, ocurrió un hecho portentoso que paralizó la vida en nuestra localidad: estando en la ermita, que veneraba la imagen de la Virgen de la Soledad un servicionario, acometiendo las tareas de aderezamiento de la misma, observó algo extraño en el compungido rostro de la imagen de la Virgen. Se acercó varias veces, no dando crédito a sus ojos. Dudó creer lo que sospechaba su imaginación. ¡Era cierto lo que veía!. ¡De los ojos de la Virgen brotan lágrimas!. ¡Estaba llorando la Virgen de la Soledad!.

Corrió y tropezó, pero consiguió llegar a la casa del párroco a quien condujo al templo para que presenciara el milagro. Se colocaron frente a la imagen. El sacerdote se frotó los ojos, dudando por momentos de la certeza de sus observaciones. Pero no; era cierto. La Virgen estaba llorando. Rápidamente salieron y doblaron las campanas de las dos iglesias. El pueblo, poco acostumbrado a estos alborotos, preguntaba y el comentario voló vertiginosamente por toda la localidad. ¡Estaba llorando la Virgen!.

Era la exclamación que incitaba a las gentes a acercarse a la ermita.

Fue tal el tumulto que se produjo que el sacerdote tuvo que trasladar la imagen a la iglesia de la Virgen del Soterraño, dada la limitada capacidad de la ermita.

Todo el pueblo pudo observarlo. Emocionados salían de la iglesia. Cabizbajos por el sentimiento de culpa en que se veían sumidos. ¿Por qué lloraría la Virgen en su pueblo?. ¿Qué presagiaba?.

Las lágrimas, así como los malos presagios, se fueron diluyendo con el transcurrir del tiempo. De hecho, la imagen referida, hoy día, extrañamente y aun siendo una Virgen Dolorosa, no tiene lágrimas talladas. ¿Siempre fue así?.

LA HIJA
DEL
ALCALDE

Cuentan, da igual el tiempo, ya que las leyendas no deberían tener fecha, que habitaba en Barcarrota un Alcalde al que sucedió lo que a continuación les narro.

No era tiempo precisamente de veleidades y el pasear de noche por las calles oscuras de la localidad no era sinónimo de gentes de cierta clase. El Alcalde de nuestra historia, que a la sazón vivía en una de las casas de la Plaza del Altozano, tenía una hija, enamorada de un joven de modesta familia.

La época no era la más propicia para estos consentimientos. El padre quería para su hija lo mejor. La hija amaba al joven sin preocuparse de clases ni de comentarios familiares o ajenos.

El Alcalde, viendo que su hija hacía caso omiso a sus consejos, y, aun más, a sus órdenes, dispuso encerrarla en su casa hasta que olvidara, por completo, a su sospechoso amante.

El tiempo corría, y, de repente, una noche, alguien observó, a través de su ventana, una extraña figura blanca que deambulaba deslizándose por las esquinas de la localidad. Esta persona decidió poner sus observaciones a buen recaudo y avisó al Alcalde. El comentario corrió de boca en boca por todo el pueblo. El Alcalde, celoso de la integridad moral de sus vecinos, recorrió a partir de ese día, las calles de Barcarrota en busca del fantasma que atemorizaba a sus conciudadanos. Era raro ver, a la hora

del ocaso, algún cerrojo o portón abierto en toda la villa.

Le costó algunas noches, pero al fin, una madrugada en que la lluvia hacía más perezoso el correr del espectro, el Alcalde, ayudado por dos alguaciles, dio muerte, junto a la Plaza del Altozano, a la sombra que les había desvelado durante tantas noches.

Las ventanas de las casas aledañas a la plaza abrieron sus postigos. Todos los vecinos se acercaron al lugar. Empapados por la tormenta se arremolinaron alrededor del misterioso personaje. Una sábana, a modo de túnica, le cubría el cuerpo. Una capucha blanca, la cabeza. El Alcalde, ante la curiosa mirada del gentío, se agachó y cuidadosamente destapó el cuerpo yacente.

Su mirada se nubló. ¡Había matado a su hija! Un murmullo, seguido de un impresionante silencio, inundó la plaza. La gente se retiraba pensativa hacia sus casas. La visita nocturna al amante -pensaban- había acabado con su vida.

Al fondo, el Alcalde, arrodillado junto al cadáver de su hija, lloraba y se maldecía por su rectitud. Toda la noche continuó llorando...

LOS PASADIZOS
DEL
CASTILLO

La invención popular es muy dada a imaginar lugares misteriosos, o lo que es más eficaz, a los lugares imaginarlos misterios.

Es esto lo que ocurre con la fortaleza de Barcarrota. Son muchos, según el decir de la villa, los puntos de donde parten oscuras e impenetrables galerías que conducen al castillo.

Buena parte de razón puede tener el pueblo. Sin indagar mucho en la historia, es evidente que algunas salidas y entradas debían de tener este tipo de construcciones en caso de extrema necesidad. Ya es más dudoso que éstas se localicen a bastantes kilómetros, como, al parecer, es el caso de algunas.

Son muchos, como ya hemos apuntado, los corredores que la gente conoce o ha oído hablar de ellos. Aquí nos vamos a ceñir solamente a algunos de los más populares, a la vez que algunos de los más pintorescos.

Al monasterio de Rocamador llega uno. Las gentes le añaden la lógica, al tratarse de un lugar de construcción supuestamente análoga en el tiempo a la del castillo. No es este lugar para desvanecer ficciones, ni mucho menos es nuestra intención, pero dada la disparidad de fechas y la distancia que los separa, es más que dudosa su credibilidad.

De la atalaya "El Jacho", torreón semiderruido situa-

do a pocos kilometros de esta localidad, es el lugar donde se encuentra otro supuesto pasadizo. El saber popular ha evidenciado este hipótetico lugar por las mismas razones que el anterior.

De la atalaya que existe a la afueras de la localidad, un intrincado conjunto de enormes rocas que sobresalen verticalmente de la fisonomía del pueblo, es otro de los lugares adonde llegaban los pasadizos relacionados con el castillo.

De la casa de Paca Mulero, edificio cercano a la fortificación. Su proximidad hace más que lógica su certeza.

Hay otras, poco conocidas y menos comentadas. Lo cierto de todo esto es lo dificultoso de su comprobación. Son muchos los que lo han visto, habiendo incluso los que han penetrado en estos oscuros agujeros descubriendo sus misterios, dando de lado a la historia.

LA VIRGEN
DEL
TRÁNSITO

En la capilla de San José, de la Iglesia Parroquial de Nuestra Señora del Soterraño, oscura, casi oculta en una pequeña urna existente en el retablo de Santa Bárbara, está, como verdaderamente dormida, la imagen yacente de la Virgen del Tránsito.

Hasta aquí, con este primer párrafo, podría bastar para terminar de completar las páginas de cualquier libro de historia o modesto folleto turístico. Pero no basta. El contenido de esta recoleta urna ha sido, con el transcurrir del tiempo, motivo de una de las más tenebrosas y espeluznantes fantasías con la que los niños, o tal vez no tan niños, de nuestra localidad no han podido evitar llenar sus pesadillas nocturnas en alguna que otra ocasión.

La imagen de la Virgen del Tránsito, con su llamativo e imperecedero cabello, mantiene viva la leyenda de que, periódicamente, le tenían que cortar las largas uñas que el paso del tiempo prolongaba misteriosamente, y el pelo que, desmesurado, amenazaba con hacer perder la visibilidad de la urna. Todo esto dando fe de que ciertamente, el cuerpo que allí reposaba pertenecía a una persona real, a la cual, el pasar del tiempo no hacía mella en su rostro, permaneciendo impoluto en su particular sueño eterno.

Cuenta la tradición que las encargadas de tan tétrica tarea eran las menesterosas mujeres en las que se confiaban los oficios propios y monótonos de la Iglesia, lo que demuestra que, a tan lóbregas ocupaciones, no se prestaban las conocidas mayordomas de acomodado ori-

gen, que sí, por lo contrario, mimaban y cuidaban de la Virgen que da titularidad al templo.

Bien es cierto que la villa conoce la realidad del cadáver original. Se cuenta que el cuerpo que en la urna reposaba, perteneció a una niña que feneció el día de su primera comunión y se encuentra actualmente sepultado en la Iglesia de Santiago Apostol. Allí se trasladó para evitar la molestias que causaba regularmente su mantenimiento.

La actual imagen, de la que los más viejos y píos de lugar desconocen su origen, viene a perpetuar la leyenda, ocupando el lugar que, durante tantos años, fue objeto de la mirada de curiosos y de atrevidos niños.

No obstante, y a tenor de la supuesta venida a menos de este tipo de historias, en las tardes de otoño, cuando el viento araña los vidrios de las viejas cristaleras, en la Iglesia de Nuestra Señora del Soterraño, no es nada aconsejable ni agradable el visitar esta oscura y fría capilla.

EL COYOTE

Todo parece que comenzó un día cualquiera del mes de octubre de mil novecientos setenta y nueve. Un comentario insólito se extendía por las tabernas y hogares de Barcarrota. La noche anterior, alguien había destrozado, con un hacha, un carro de los usados en las tareas propias del campo.

Hay descontrolados en todas partes, pero a este caso hay que unirle la particularidad de que, junto a los restos del carruaje, se había encontrado un papel, en el que anotado, se podía ver una serie de dibujos curiosamente relacionados. Una rueda, precisamente del tipo que usaban estos carros, una luna menguante y la palabra COYOTE junto al número de carros sacrificados (uno en este primer caso). Había nacido el personaje...

Pasaba el tiempo, y El Coyote, con mayúsculas, continuaba haciendo alardes de sus fechorías. Destruyendo todos los carros que encontraba en su camino o que, premeditadamente, iba en su busca. El pueblo lo acogió con cariño, quizás porque eran jocosos los comentarios que su figura irradiaba. Llegó, incluso, a quemar un almacén donde se encontraba un carro después de amenazar a su dueño. Nunca pudieron cazarlo, ni tan siquiera, se cree, a identificarlo.

Han pasado muchos años desde que El Coyote dejó de ejercer su incomprensible y misteriosa actividad. La leyenda parece difuminarse con el tiempo, pero ahí estará siempre. Jamás se podrán olvidar las mañanas en las que

el pueblo se levantaba con el sobresaltado comentario de que otro carro más había sucumbido bajo la destructora mano del El Coyote. Los niños corrían a los campos a contemplar los añicos en que habían quedado convertidos los carros tras su paso. En "la boca del pez", en la ermita de San Benito,... fueron tantos que verdaderamente creemos que llegaron a desaparecer por completo. Al menos, si alguno quedaba, el dueño celosamente lo ocultó, temiendo el peor e inevitable fin que le aguardaría de no ser así.

FRAY JUAN
DE LA
ESCALERA

I

El Monasterio de Rocamador emerge poderoso sobre la empedrada loma que domina el entorno. Alcornosques aunque también alguna encina, sirven de protección al terreno. Altos muros, austeros ventanales, espaciosa terrazas conforman la fisonomía de la construcción. Las noches gélidas. Los días llenos de sol y de poesía. La lluvia amenazaba aquella mañana.

II

No parece cansancio, precisamente, lo que denota el caminar del anciano Fray Juan, cuando sorteando el inclinado y abrupto terreno, baja hasta la charca que se avista desde el monasterio. El viento, a su paso, lucha con las ramas de los árboles. Sus hojas caídas tapizan el camino...

Fray Juan de San Miguel, hombre piadoso y de costumbres extremas, se sumergió, hasta los tobillos, en la orilla de la charca, de manera que sus sosegadas aguas le dibujaron una raya en el pernil del sayal. Era la mejor manera de que, al cercenar sus vestiduras, quedaran tan igualadas, que ni la mismísima señora Isabel, que de costumbre asistía a la comunidad, las hubiera igualado de mejor manera.

III

Estas ingenuas habilidades habían generado a Fray Juan el afecto de todos los frailes que junto a él convivían: Fray Francisco Moneo, quien dice saber la hora de su muerte; Fray Rodrigo de Belvís, impar penitente; Fray Pedro de Leyva, estimado por todos, eran, junto a otros frailes nuevos, los que compartían el acaecer diario de la comunidad.

IV

Al volver de la charca, y, a pesar del corto trayecto que del monasterio le separaba, Fray Juan no tuvo más remedio que fabricarse un artesano y accidental sombrero con que resguardarse, lo mejor posible, de la tormenta que se había desatado. Un pedazo de hoja de corcho le ayudó a tal fin.

- ¿Cómo ha tardado tanto en su rezos? Hoy se ha demorado.

- No era esa mi intención, Fray Francisco, pero me entretuve en aderezar mi sotana. Estaba ya bastante deteriorada.

El agua había calado, formando considerables charcos en la terraza en la que Fray Francisco le aguardaba.

- Pase y seque su cuerpo al calor de la chimenea. Han mandado víveres y ropajes nuevos y hemos de repararlos.

Su ajado cuerpo se reflejaba grotescamente sobre los muros del edificio. La luz de las llamas avivaba el brillo de sus ojos humildes.

V

Ni que decir tiene que los paños que le otorgaron, por veteranía, a Fray Juan, ya de por sí pequeños, al pasar por sus manos eran divididos, al menos, en tres partes, con las que, con sorprendente habilidad, fabricaría otras tantas prendas. Su modestia le impedía malgastar los precarios recursos que otros ni siquiera poseían.

VI

La noche se vaticinaba la terrible. La fugaz claridad de la tormenta se filtraba en hilos de luz por debajo de las puertas, y, recorriendo el pasillo, buscaba la más inusitada entrada para irrumpir en la intimidad de la celdas. Alguna ventana entreabierta, golpeada por el viento, impedía el sosegado reposo de los frailes. Su rezos se volvían penitencias.

VII

Reconocida era la destreza con la que el hermano Juan sanaba las más variadas dolencias: hinchados, llagas... y otros males y molestias, viniéndole pacientes de las más alejadas provincias al conjuro de su virtudes y eficacia.

VIII

Así transcurría el día de la acrisolada vida de este fraile, siendo su única espera la de terminar su días con las virtudes y el recogimiento de aquel piadoso mendigo de

mediados del primer milenio, que consiguió su Santidad con su sinceridad y llaneza y alcanzó la fama al vivir y morir en el hueco de una penitencial escalera.

Ya tenía Fray Juan elegido donde imitar a San Alejo y disfrutar de su última morada. La halló en el hueco de la escalera que guiaba de la cocina a las cuadras. Tuvo que sufrir mucho el anciano fraile para acomodar sus maltrechas carnes en tan mermado dormitorio.

IX

Y fue bien cierto que lo consiguió. Aquella noche todo era alteración en la comunidad. Corría el año del mil quinientos sesenta y siete, cuando fray Juan de San Miguel, lego, pasó al Señor en extremada pobreza y en penitente posición.

X

Cuentan que, en las noches de fría tormenta, cuando el aire sofoca la llama de las farolas, aún se oye el agitar de los pies de fray Juan en los charcos, que, redoblando, colman de gotas la lluvia.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO
DIVISION OF THE PHYSICAL SCIENCES
DEPARTMENT OF CHEMISTRY

RECEIVED
JAN 10 1964
FROM
DR. J. H. GOLDSTEIN
100 EAST 58TH STREET
NEW YORK 22, N.Y.

RECEIVED
JAN 10 1964
FROM
DR. J. H. GOLDSTEIN
100 EAST 58TH STREET
NEW YORK 22, N.Y.

RECEIVED
JAN 10 1964
FROM
DR. J. H. GOLDSTEIN
100 EAST 58TH STREET
NEW YORK 22, N.Y.

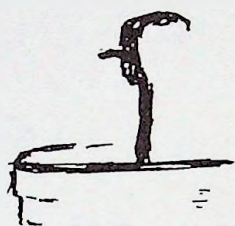
BIBLIOGRAFÍA GENERAL

- "Memorial de la Provincia de San Gabriel" (1.592).
- Revista de Estudios Extremeños (1.942).
- Revista de Semana Santa. Barcarrota (1.986).
- Tradición oral.

INDICE

- Presentación	Pag. 5
- Los Marochos	Pag. 9
- El hallazgo de una albarca	Pag. 13
- Las lágrimas de la Virgen de la Soledad	Pag. 17
- La hija del Alcalde	Pag. 21
- Los pasadizos del castillo	Pag. 25
- La Virgen del Transito	Pag. 29
- El Coyote	Pag. 33
- Fray Juan de la escalera	Pag. 37
- Bibliografía general	Pag. 45





Colección
ALTOZANO

Colabora:
EXCMO. AYUNTAMIENTO DE BARCARROTA